

tudes de que ya hemos tratado, y la humildad, la paciencia, la fortaleza, y la constancia con que sufrieron toda clase de desprecios, de injurias, de persecuciones y de tormentos, con que terminaron su vida, subiendo á los suplicios con alegría y serenidad, porque se juzgaban dignos de padecer por el nombre y la causa de Jesus. Sacrificios que no hubieran hecho, si no hubiesen estado plenamente convencidos de las verdades que creían y predicaban, y si no hubiesen estado animados y fortalecidos del espíritu de Dios. El martirio de los apóstoles, de sus discípulos, y de tantos millares de cristianos, es otro de los fundamentos mas sólidos y mas poderosos de la verdad del cristianismo.

CONVERSACION QUINTA.

Vic. Esta religion desde su cuna ha sido el blanco de las persecuciones mas violentas. Diez de estas fueron generales, y las

mas crueles, escitadas con edictos sangui-
narios por los emperadores romanos Neron,
Domiciano, Trajano, Adriano, Marco Aure-
lio, Severo, Maximiano, Decio, Galo, Va-
leriano, Aureliano y Dioclesiano. Los go-
bernadores de las provincias añadian cruel-
dades esquisitas al rigor de las leyes im-
periales. En toda la vasta estension del im-
perio, un populacho supersticioso y feroz
pedia á gritos la sangre de los cristianos,
y sus tormentos entraban en parte de los
espectáculos y juegos públicos. Aun convi-
niendo en que se haya exagerado el nú-
mero de los mártires en algunas historias
particulares, limitémonos á los documentos
originales, á los escritos de los contempo-
ráneos, como son Tertuliano, S. Cipriano,
Lactancio, y Eusebio de Cesarea, y á las
Actas auténticas que han llegado hasta no-
sotros, y hallarémolos, que en los tres pri-
meros siglos de la iglesia dieron su sangre
por Jesucristo en todo el orbe once millo-
nes de mártires, y los que sufrieron la
muerte en sola Roma se computan en tres
millones: de suerte que si se distribuye es-
te número asombroso, corresponden á cada
dia de los trescientos años mas de treinta

mil mártires. Entre estos se cuentan treinta y tres romanos pontífices, la mayor parte de los obispos, y de los sacerdotes y personas de todas clases y de todas condiciones, aun niños de pocos años, y doncellitas delicadas.

Pero ¡oh disposiciones admirables de la Providencia divina, cuan contrarias son á los juicios falibles de los hombres! Dijo el profeta Sofonias: (1) "Esto les sucederá por su soberbia, porque blasfemaron y se exaltaron sobre el pueblo del Dios de los ejércitos. El Señor se manifestará terrible sobre ellos: esterminará todos los dioses de la tierra, y á él le adorarán los hombres en su respectiva pátria, y todas las naciones de los gentiles." Así lo vemos verificado al pie de la letra. Los emperadores que estaban sentados sobre el trono del universo, todos los príncipes y todos los pueblos preparaban en todas partes los potros, los ecúleos, las catastas, las hogueras, y las fieras mas devoradoras, y levantaban todo genero de suplicios para aterrar á los cristianos, y para hacerlos espirar en

(1) *Soph. cap. 2. v. 10 et 11.*

medio de los tormentos mas crueles y horrosos. Se apuraban todos los arbitrios de la tiranía y de la astucia para apartar á los fieles de su creencia, y se pusieron en movimiento todos los resortes para extinguir el culto cristiano, y para sumergir en el sepulcro de un olvido eterno el nombre de Jesucristo.

Pero ¿qué sucedió? Todo lo contrario. La sangre de los mártires era una semilla fecunda que producía nuevos cristianos, segun la espresion de Tertuliano, testigo ocular. Decia S. Agustin: "La tierra se llenó de mártires, que como simiente de sangre, dió á la iglesia frutos abundantes. Los tiranos y los verdugos querian acabar con pocos cristianos, derramaban su sangre; pero de esta misma se levantaron otros muchísimos, por quienes fueron vencidos; mas ahora ya buscan donde esconder los ídolos, por cuya defensa destrozaban á los cristianos."

Así ha sido en efecto: los adoradores del Dios crucificado, despues de haber sufrido con paciencia invencible todos los golpes de una persecucion sanguinaria de mas de trescientos años, sin armas, sin ejérci-

tos, sin levantar conspiraciones, ni valerse de los medios de la violencia, vencieron á todo el universo. Decia S. Agustin: "Cristo domó el orbe no con la espada, sino con la cruz." El emperador Constantino sucesor de tantos perseguidores furiosos del cristianismo, rindió la cerviz al yugo suave del evangelio, y se constituyó su defensor. Desde aquella época se vieron erigir en todas partes templos á Jesucristo, y arruinar la multitud innumerable de los que estaban consagrados á las falsas divinidades. La idolatría, dominante hasta entónces, huye precipitada á buscar algun asilo en los lugares mas ocultos, y en las estremidades de la tierra; y el cristianismo, tan perseguido constantemente, es admitido con toda solemnidad por sus mismos enemigos, que lo proclaman y lo sostienen como única religion del inmenso imperio romano. He aquí, que la cruz de Jesucristo, que habia sido despreciada como una señal de ignominia, los monarcas la colocan sobre sus coronas como un trofeo el mas honorífico y glorioso. Se cumplió el vaticinio de David: (1) "Se levantan

(1) Ps. 2. v. 2.

taron los reyes de la tierra, y los príncipes se conjuraron unánimemente contra el Señor, y contra su Cristo;" pero tambien se cumplió su otra profecía. Dijo Dios hablando con su Hijo divino, hecho hombre por los hombres: (1) "Pídeme, y te daré en herencia todas las naciones, y por posesion los términos de la tierra."

Fel. Las demás religiones por absurdas que hayan sido, cuentan tambien sus mártires, y así, ó estas han sido verdaderas, lo que tú no has de conceder, ó el martirio de los cristianos nõ prueba la verdad de su religion.

Vic. Muchas razones me ocurren con que desvanecer tu argumento. En primer lugar, verdaderos mártires solamente los ha habido entre los judios, que antes de la venida de Jesucristo profesaban la religion verdadera; y entre los cristianos. Solo uno se halla entre los paganos á quien se le puede llamar mártir, que fué Sócrates, que perdió la vida por haber defendido la unidad de Dios. Pero éste aunque gentil, nõ debe considerarse como mártir de una reli-

(1) Ps. 2. v. 8.

gion falsa, sino mártir de una verdad fundamental de la religion verdadera. Pero aun concediendo que las otras religiones hayan tenido sus mártires, en nada pueden compararse con los del cristianismo.

Ellos han sido pocos en número, y hombres fuertes y robustos. Ya sentenciados á muerte no estaba en su arbitrio librarse de ella: han padecido suplicios comunes y breves: han manifestado en ellos tristeza y aun furor: y su constancia era mas bien hija de la soberbia con que querian ostentar fortaleza y magnanimidad, que efecto de la paciencia. Pero ¡cuan diversos han sido en todo los mártires del cristianismo! Ya te he hablado acerca de su asombrosa multitud. Entre ellos se cuentan ancianos débiles de una decrepitud muy avanzada: niños por su edad muy tímidos, que apenas habian dado los primeros pasos en la carrera de la vida: doncellas que por su naturaleza de todo se asustan y se aterran. Se les ofrecia la vida y aun premios con tal que renunciassen su fe, y se les amenazaba con los tormentos y la muerte si permanecian constantes en su creencia; pero ellos perseverando firmes, ca-

minaban animosos á los patíbulos, sufrían los tormentos mas crueles y aun dilatados por mucho tiempo, hasta morir con una paciencia y con una alegría verdaderamente asombrosas; é imitando á Jesucristo, rogaban á Dios por sus mismos verdugos; y en fin, muchísimas veces se les vió desafiar á la muerte, presentándose ante los tiranos para reprenderles las persecuciones contra la iglesia, y la crueldad contra los cristianos.

Mira otra diferencia bien notable. Dime, ¿qué es mas fácil, engañarse en el conocimiento de la verdad cuando ésta se pretende inquirir por puro discurso de uno ú otro, ó engañarse en el conocimiento de la verdad, cuando ésta se está manifestando por un hecho evidente y notorio á muchos?

Fel. Es claro que es mas fácil lo primero: porque muchas veces se presenta al entendimiento humano una cosa falsa con razones aparentemente verdaderas, y como es tan limitado y tan susceptible de errores, forma un juicio enteramente errado, especialmente cuando la cosa es conforme á las inclinaciones; de suerte, que parece que

los hombres á veces mas discurren con la voluntad, que con el entendimiento. De aquí es, que unos tienen por verdadero lo que otros juzgan por falso; y así hemos visto que en todos los siglos hombres de grandes talentos y de sabiduría admirable, han caído en los errores mas groseros sobre todas materias. Pero cuando un hecho se presenta con evidencia, ésta da un golpe de luz en los ojos del hombre, que le hace ver y palpar la verdad; y aunque respecto de uno ú otro pueda haber error acerca de la evidencia, no puede haberlo respecto de muchos acerca de un mismo hecho.

Vic. Con tu mismo discurso pretendo convencerte de la diferencia notable que hay entre los mártires de las otras religiones y los del cristianismo. Aquellos perdieron la vida por opiniones y sistemas especulativos, en que el hombre puede errar y encapricharse tenazmente; pero los cristianos se sacrificaron por sostener su religion, que está apoyada en las razones poderosas que te he espuesto, en otras muchas, y en unos hechos evidentes y notorios. Estos son los milagros que Jesucristo

hizo en presencia de sus apóstoles; los que estos hicieron delante de innumerables gentes; y los que hicieron sus discípulos y otros muchos fieles que eligió Dios como instrumentos de su omnipotencia, para confirmar y establecer su religion. Estos hechos eran tan claros y evidentes, que ni aun los enemigos del cristianismo se atrevían á negarlos; y antes bien con ellos se alentaban muchísimos á abrazar la religion de Cristo, y á sostenerla con la efusion de su sangre. ¿Pues esta voluntad, esta fortaleza, esta constancia y esta alegría con que innumerables millares de hombres y de mugeres de todas condiciones y todas edades sacrificaron su reposo, su libertad, sus bienes y su vida, pueden ser efecto de la ilusión, del fanatismo y del capricho, como dicen los incrédulos? ¿Qué ceguedad, y qué injusticia! Cualquiera hombre que se deje conducir de la recta razon, se convence plenamente de que los mártires han sido fortalecidos por la mano todopoderosa de Dios, y que por consiguiente, la religion que ellos sostuvieron tiene todos los caracteres de verdadera y divina, tanto, que muchas veces los verdugos enfurecidos contra los

mártires, reconocieron en su fortaleza y en su paciencia la divinidad del cristianismo, y abandonando la idolatría se hicieron compañeros de su fe y de su martirio.

Fel. Si el martirio de los cristianos es una prueba tan convincente de la verdad de su religion, ¿cómo es que al mismo tiempo que ellos estaban derramando su sangre, del mismo seno del cristianismo salieron tantos que se declararon contra él como Cerinto, Ebion, Basíldes y otros?

Vic. Que el cristianismo haya tenido enemigos nada prueba contra su verdad, porque ¿qué sistema por verdadero y fundado que sea no tiene sus contrarios? Y muchas veces lo son aquellos que eran sus secuaces.

Esos hereges que me citas no eran propiamente cristianos, sino unos filósofos encaprichados en sus visiones metafísicas. Observaban el grande crédito que iba adquiriendo la religion cristiana, y pretendian acomodarla á sus sistemas para darles mas estimacion; pero como veían que la doctrina evangélica era incompatible con sus proyectos, la interpretaban contra su verdadero sentido; de lo que salian sistemas absurdos y monstruosos.

Pero voy á tomar el empeño de darle mas fuerza á tu objecion, para sacar de ella misma otro fundamento de la verdad del cristianismo. Este es la permanencia de la iglesia católica hasta la época presente. En los siglos posteriores han ido saliendo del seno de esta iglesia enemigos terribles que enarbolando el estandarte de la rebellion le hicieron la guerra mas cruel.

Haré mencion de algunos de los principales que se levantaron despues de las persecuciones movidas por los emperadores romanos. En el siglo cuarto Arrio negó la divinidad de Jesucristo: Macedonio negó la divinidad del Espíritu Santo. En el siglo quinto Pelagio negó la necesidad de la gracia para las obras buenas: Nestorio defendió, que hay dos personas en Cristo: Eutiques aseguró, que se habian confundido las naturalezas divina y humana en Jesucristo. En el siglo séptimo Pirro y Sergio afirmaron, que en Jesucristo no hay mas que una voluntad. En el siglo octavo el emperador Leon Isaúrico abrazó el error de Jenaias contra el culto de las santas imágenes, declarando á las iglesias del oriente una guerra sangrienta, que sostu-

vieron por el espacio de ciento y veinte años cinco de sus sucesores. En el siglo nono Focio patriarca intruso de Constantinopla levantó un cisma con que separó á la iglesia griega de la latina. En el siglo décimo sexto Lutero y Calvino renovaron muchos de los errores antiguos que ya estaban estinguidos, y añadieron otros muchísimos; y finalmente, si abrimos las historias eclesiásticas, hallaremos, que han sido mas de trescientos los heresiarcas que con sus escritos, con sus seducciones, y con el auxilio de personas poderosas, y aun de príncipes, de reyes y de emperadores, han combatido furiosamente contra la iglesia católica.

Ellos, en efecto, han conseguido separar de este gremio á innumerables gentes, y á muchas provincias y reinos; pero ¿han logrado con sus errores, con sus cismas, con sus persecuciones y con sus guerras, arruinar esta monarquía espiritual? Los ruidosos imperios de los asirios, de los persas, y de Alejandro Magno, con todo aquel poder con que se hicieron formidables á todo el mundo, y con que intentaron conservarse, tuvieron que ceder á la condicion de

las cosas humanas. El primero duró trece siglos; el segundo poco mas de uno; y el tercero espiró con su mismo fundador.

El famoso imperio romano, que pudo llamarse el imperio del universo, que con todo su esfuerzo persiguió á la iglesia por mas de trescientos años, á los cinco siglos de su fundacion acabó de representar su papel en el teatro de los imperios. El imperio poderoso de los griegos, que con su cisma escandaloso se separó de la comunión de la iglesia romana, á los diez siglos y medio de su ser terminó su existencia con la invasion de los turcos; y en fin, otros reinos y repúblicas aunque hayan permanecido por mas tiempo, pero á la vuelta de algunos años han variado totalmente su sistema de gobierno, como ha sucedido en la Europa en nuestros dias, y en particular en la Francia, que siendo uno de los estados mas antiguos, le vimos en veinte y dos años mudarse de reino en república, de república en imperio, y de imperio otra vez en reino. De las mismas heregías antiguas no han quedado sino unos restos miserables, y aun del arrianismo que se estendió casi por todo el orbe. Pero la igle-

sia perseguida siempre no solamente de enemigos esternos, sino de contrarios domésticos, que son mas temibles, ha permanecido por diez y ocho siglos; y aunque ha hecho variaciones en los puntos de pura disciplina, segun la exigencia de los tiempos y de las circunstancias, conserva intacto el depósito de la fe, el uso de los sacramentos, y todo lo concerniente al culto de la religión; y ha mantenido hasta la época presente el orden gerárquico de papas, de obispos, de sacerdotes y demas ministros. Aun diré mas: la iglesia ha resarcido sus pérdidas con notables ventajas. Su fe ha sido á manera de aquellas llamas que en lugar de extinguirse con los vientos, mas se encienden y se dilatan. En los tres siglos, ó poco mas, que duró la tempestad que escitaron contra la iglesia los arrianos, los nestorianos, los eutiquianos, y los monotelitas, abrazaron el cristianismo los celtas, pueblos de las Galias, los indios mas interiores, los armenios, los bessos, los borgoñeses, los sarracenos, los escoceses, los franceses, los ausimitas, los boyardos, los bárbaros, los ingleses, los irlandeses, los alemanes y los persas.

En el otro siglo, ó poco despues, en que se enfurecieron mas los iconoclastas, se alistaron bajo las banderas de la fe los dacos, los metanastos, los yacigos, y gran parte de los esclavones, de los danos, de los hunnos, de los suevos, de los godos, de los esvetos, de los bohemos, y de los búlgaros.

Luego que los griegos se revelaron contra la iglesia romana, se le sujetaron humildemente los morabos, los dálmatas, los rascos, los servios, los croatos, los pomeranos, los normandos, los noruegos, los úngaros, los lituanos, los libones, los polacos, los prusianos, y mucha parte de la África con las Canarias, los reinos de Bentina, de Angola y de la Guinea, y otras muchas gentes.

Cuando en el siglo diez y seis el furor rabioso de Lutero, de Calvino, de Suinglio y otros, hacian todos sus esfuerzos para arruinar el edificio suntuoso de la iglesia católica, causándole tantos daños y estragos, se agregaron á ella iluminados con las luces de la fe, parte del Asia y este nuevo mundo. De suerte, que solo S. Francisco Javier, en sus diez años de apostola-

do en la India, redujo mas gentes á la iglesia, que las que han separado de ella mas de cien heresiarcas en doscientos años. Finalmente, al mismo tiempo que los incrédulos estaban emponsoñando los corazones de muchos insensatos con el veneno infernal de su falsa filosofía, fueron recibidos á la comunión de los fieles por el papa Clemente XIV los ansiranos, los asirios, los transilvanos, y los persas.

Vé aquí cumplido el vaticinio de Isaías. Dios para consolar á su iglesia por los daños que habia de recibir de sus enemigos, le dice por boca de este profeta: "Los hijos de los estraños reedificarán tus muros, y sus reyes te servirán."

Conque Felix, la razon y la hombría de bien obligan imperiosamente al hombre mas ciego y mas obstinado, á confesar con ingenuidad, que no es obra del poder humano el establecimiento, la propagacion y la permanencia de una religion, que por el espacio de diez y ocho siglos ha sido el blanco de las persecuciones mas furiosas, escitadas por los judios, por los paganos, por los hereges, por los cismáticos y por los apóstatas. Es preciso reconocer en esto

la obra del brazo omnipotente de Dios; y es necesario convencerse de que esta religion es verdadera y divina porque Dios que es la verdad por esencia, é infinitamente santo, no podia proteger la mentira, el error, ni la falsedad.

Enfuréscanse los impíos cuanto quieran contra el cristianismo; usen de cuantos ardides les sugiera su malicia y su odio contra la iglesia; su divino fundador que la ha conservado hasta acra contra todos los ataques de innumerables enemigos fieros y encarnizados, la ha de conservar hasta la consumacion de los siglos, en cumplimiento de la promesa que le hizo de que no prevalecerían contra ella las puertas del infierno.

La iglesia es aquel reino que profetizó Daniel, que sería establecido por el Señor del cielo, y que no se arruinaría eternamente. Sí, eternamente: porque aunque la iglesia militante há de acabar al fin de los tiempos, la iglesia triunfante ha de permanecer eternamente en el cielo; cuyas puertas no se abrirán á los incrédulos que no aspiran en la tierra á otra felicidad que á la de los brutos.